**Héctor**

Ese día lo hablamos varias veces: ¿será que le respondía a Ciro o no? O si era mejor no verlo. Ese día estuvimos juntos y ella se fue antes, pero estuvimos chateando todo el tiempo. Habíamos quedado en que yo tenía que esperar a ir a esperar a mi amiga Katia al aeropuerto y luego recogía a Adriana. Incluso le dije que no creía que fuera a pasar nada, yo conocía a Ciro desde hace tiempo. Debían ser como las 9:45 p. m., Adriana me mandó un audio contándome que ya estaba llegando. Me pareció que sí había una cosa muy visajoza, muy rara. Mi amiga se demoró muchísimo en salir del aeropuerto y mientras tanto Adriana me estaba escribiendo chats. Yo la llamé un par de veces a preguntarle cómo iba y, en un momento, de eso me acuerdo muy bien, me dijo: “Apagó la luz”.

Salió mi amiga Katia del aeropuerto y yo decidí que era mejor irme a donde Ciro vivía y esperar a Adriana abajo. Justo cuando llegué al edificio me mandó un mensaje que decía: “Todo está bien, creo que en media hora me voy.” Ahí yo le dije que la estaba esperando y, mientras esperaba, Adriana me mandó los audios. Apenas los oí, salí corriendo a timbrar, y el hp este vive en el 400 algo; yo timbré en todos los pisos desesperadamente, un man me contestó y le dije que estaba buscando a Ciro, que cuál era su apartamento. Hablé con varias personas y a los dos minutos bajó Adriana. En mi memoria no pasaron más de diez minutos.

Bajó Adriana en un estado muy alterado, ahogada, paniquiada, llorando y temblando. No lograba meter la llave en la chapa y se le cayó dos veces. La abracé, le toqué la espalda y me di cuenta de que solo tenía la chaqueta y que no tenía brasier ni calzones. Ella no era capaz de hablar, yo la abracé y entendí qué pasó. Tuve la intención de subir, pero ella me detuvo y no subí porque ella estaba muy asustada y pensé que tenía que protegerla a ella más que ir a darle en la jeta al man. Ella me seguía diciendo “tengo que volver a subir, tengo que volver a subir”, pero le dije que no, ella le quería devolver las llaves pero decidimos tirarlas dentro de la portería. Tiramos la puerta y nos metimos al carro. Verla así era muy raro porque estaba frágil y tensa, lloraba y en momentos se calmaba o se ponía agresiva.

Entramos al apartamento y nos encerramos en el cuarto, hablamos un instante y ahí ella estaba muy mal, decía cosas incomprensibles y se le blanqueaban los ojos. Entonces fuimos al baño y de repente tenía momentos como de ausencia en los que se quedaba con la mirada en blanco y yo trataba de reanimarla con el agua, después se empezó a frotar con fuerza, como limpiándose profundo. Salió de la ducha y lloramos mucho, yo nunca había sentido un dolor así. Nos volvimos a abrazar y ella se desmayó y se cayó, yo logré agarrarla. Después estuvimos tomando un rato, ahí ella dijo un par de veces que se quería “tirar por la ventana” y en un momento que se movió, vi que tenía un morado en una pierna.

Después nos acostamos y ella por fin se durmió. Yo me quedé despierto, pensando qué íbamos a hacer. Al día siguiente, decidimos ir al psicólogo y le contamos todo lo que había pasado. No sabíamos si denunciarlo o no, pero para Adriana contarlo era tan difícil que sentía que lo estaba viviendo de nuevo, y decidimos con el psicólogo que lo más importante era estar bien y encontrar los motivos para seguir viviendo. Ciro me estuvo llamando varias veces ese fin de semana. Le contesté por fin el sábado y me hice el güevón.

Yo consulté con un abogado especializado en violencia sexual y le conté nuestro caso; él me dijo que teníamos dos testigos, los chats, los mensajes de audio, los testimonios de los vecinos donde timbré, los detalles de nuestra historia… Además, grabamos las llamadas que nos hizo Ciro, así que era un caso muy fácil de probar y que lo podía condenar a varios años de cárcel. Pensamos en demandar penalmente, pero ni Adriana ni yo queremos volver a someternos a esto y tener que seguir reviviéndolo. Así que, por ahora, mientras no se meta más con nosotros, hemos decidido no tomar acciones legales.